

EL MUSEO NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA Y
LA PRENSA NACIONAL.
REFLEXIONES SOBRE
LA IDENTIDAD MEXICANA
MIRADA A TRAVÉS DEL MUSEO

*Antonio Sierra García**
*Daniar Chávez Jiménez***

THE NATIONAL MUSEUM OF
ANTHROPOLOGY AND THE NATIONAL PRESS.
REFLECTIONS ON MEXICAN IDENTITY
SEEN THROUGH THE MUSEUM

RESUMEN: Se revisan las noticias que la prensa nacional publicó durante la inauguración del Museo Nacional de Antropología en 1964, y se exploran otras noticias de naturaleza semejante, como la inauguración del Museo Nacional del Virreinato de Tepotztlán y el Museo de Arte Moderno, al tiempo que se reflexiona sobre la identidad nacional, el patrimonio y el papel del museo en la sociedad y la cultura mexicana.

PALABRAS CLAVE: historia de México, museos y patrimonio, prensa nacional, siglo XX.

ABSTRACT: This paper takes a tour of the news in the national press of the inauguration of the National Museum of Anthropology in 1964, and similar news, as the opening of Tepotztlán's Museo Nacional del Virreinato, and the Museum of Modern Art, while reflecting on the national identity, heritage and the role of the museum in Mexican society and culture.

KEYWORDS: 20th century, Mexican history, museums and heritage, national press.

RECEPCIÓN: 15 de abril de 2020.
ACEPTACIÓN: 14 de junio de 2021.
DOI: 10.5347/01856383.0140.000303173

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

**Unidad Académica de Estudios Regionales de la Coordinación de Humanidades de la UNAM.

EL MUSEO NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA Y
LA PRENSA NACIONAL.
REFLEXIONES SOBRE
LA IDENTIDAD MEXICANA
MIRADA A TRAVÉS DEL MUSEO

La identidad es el conjunto de valores, tradiciones, símbolos, creencias y modos de comportamiento que actúan como cohesionadores dentro de un grupo social. El patrimonio cultural es inseparable de este proceso de construcción de identidades ya que, al ser enunciado, reconocido e incluso sancionado legalmente fomenta que los individuos que constituyen este grupo adquieran un sentimiento de pertenencia al mismo.

MARI CARMEN SERRA PUCHE

172

**¡Extra, extra...!
El México de hoy
rinde homenaje al México de ayer**

Adolfo López Mateos se despertó la mañana del 17 de septiembre de 1964 sabiendo que sería un día imborrable, pues tenía prevista la inauguración del Museo Nacional de Antropología a las diez y media, el proyecto que había trazado junto con Jaime Torres Bodet, su secretario de Educación Pública.

La revolución museográfica más importante de México se debió el presidente López Mateos en su último año

de gobierno, cuando concluyó con un cierre fastuoso en el ámbito cultural. La inauguración de distintos museos le dio un particular sello a su gestión. A propósito, Aurora Loyo escribe:

Durante la presidencia de Adolfo López Mateos se mantuvo un estrecho vínculo entre la acción educativa y la cultura. [...] Los mejores ejemplos de ello están en la construcción de tres de los más impor-

tantes museos con los que cuenta la Ciudad de México: en primer lugar el Museo Nacional de Antropología, que albergó no solo el excepcional acervo de vestigios de las culturas prehispánicas sino que, como museo, constituyó una obra arquitectónica de singular belleza.¹

Además, inauguró el Museo Nacional del Virreinato de Tepotztlán, en el estado de México, y el Museo de Arte Moderno, en la capital del país. El primero reunió valiosas piezas del mundo colonial y el segundo recuperó diversas manifestaciones del arte nacional.

Torres Bodet dirigió los preparativos para la gran fiesta. Invitaron a diplomáticos, políticos y funcionarios de alto nivel a una majestuosa presentación de las modernas instalaciones del museo y sus tesoros culturales. Ese día, toda la plana mayor del Estado mexicano se apresuró a llegar al bosque de Chapultepec.

Ahí, el presidente leyó estas líneas: “Tengo la honda satisfacción de inaugurar el nuevo Museo Nacional de Antropología, monumento erigido por el pueblo mexicano en honor de las admirables culturas que florecieron, durante la Era precolombina, en

regiones que son ahora territorio de la República”.²

El espacio era una joya arquitectónica, a la par de otros sitios museográficos del mundo. El profesor John Brebb quedó profundamente sorprendido cuando vio la obra: “Como director del museo más antiguo en el mundo, dedicado exclusivamente a antropología —el museo Peabody, en la Universidad de Harvard—, afirmo que este magnífico museo no solamente es el más nuevo en todos los aspectos, sino el mejor del mundo”.³

Varios representantes de los museos más prestigiados consideraron la arquitectura que tenían enfrente como la de un recinto adelantado a su época. “El Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México está 20 años más avanzado que cualquier museo del mundo”,⁴ sentenció Dudley Tate Easby, subdirector del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Los diarios y revistas, la televisión y la radio, otorgaron amplia cobertura a esta noticia de resonancia mundial. Difundieron pormenores de los avances de las construcciones y las inauguraciones que se sucedieron a partir del 14 de septiembre de 1964. Notas, artículos, columnas, caricaturas,

¹“Entre la celebración del pasado y la exigencia del futuro. La acción educativa del gobierno de Adolfo López Mateos”, en *Adolfo López Mateos: una vida dedicada a la política*, coord. por Rogelio Hernández Rodríguez (México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 2015), 359.

²“Inauguración del Museo Nacional de Antropología”, *El Nacional*, 18 de septiembre de 1964, 1.

³Adolfo Mendoza, “El nuevo museo está veinte años adelantado a su época”, *El Universal*, 18 de septiembre de 1964, 15.

⁴*Ibid.*

reportajes y fotorreportajes tuvieron eco en la sociedad. Ese día, *Novedades* anunció con entusiasmo: “Próxima están las inauguraciones de una serie de museos que, unidas a las que ya se han hecho, representan el esfuerzo más venturoso para reunir, en esplendidas colecciones, exponentes de las diversas etapas del pasado de México, de donde procede el espíritu nacional y donde están las raíces de nuestros valores entrañables”.⁵

Y es que los museos, dice Mari Carmen Serra Puche, son “sitios por excelencia de resguardo y transmisión de esos objetos de una generación a otra; se convierten, desde esa perspectiva, en lugares donde pasado y presente se reúnen, en espacios rituales donde es posible convocar la inspiración y el genio que han vivido encerrados en nuevas lámparas maravillosas: los objetos que conforman el patrimonio histórico”.⁶

Ahora bien, la historia de la antropología en México ha estado siempre relacionada con el oficialismo y las instituciones gubernamentales desde la primera parte del siglo XIX, de ahí la

⁵ Editorial, “El contenido histórico de México”, *Novedades*, 14 de septiembre de 1964, 4.

⁶ Mari Carmen Serra Puche, “El Museo Nacional de Antropología”, *Arqueología Mexicana*, 24 (1997): 4. En este mismo artículo, Serra Puche afirma que “hacia 1962, estaba en pleno apogeo un movimiento de renovación museográfica y de actualización de la imagen y función de los museos en el seno de la comunidad”. *Ibid.*, 9.

importancia que significó esta inauguración para el gobierno en turno.

En los primeros años del México independiente, se trató de fomentar el conocimiento del pasado prehispánico para apoyar las ideas de una patria fuerte y nueva. Guadalupe Victoria, primer presidente de México, impulsó la fundación de un museo en donde se reuniera objetos de la “antigüedad indiana”, esto se materializó en 1825 con la fundación del primer Museo Nacional de Antropología, donde las colecciones adquieren un valor para ser resguardadas, clasificadas y defendidas.

Más tarde, durante el Porfiriato, con las excavaciones en Teotihuacán y las grandes ciudades del área maya, valles de Oaxaca y otras regiones de México, la arqueología se convirtió en un punto de convergencia que inició las excavaciones científicas realizadas por mexicanos y extranjeros para promover el conocimiento arqueológico.

Estos nuevos proyectos del siglo XIX dieron al patrimonio arqueológico mexicano un enfoque distinto, que lo colocó en el centro de atención para políticos e intelectuales que buscaban reforzar el concepto de una identidad de gran antigüedad en comparación con otros países de América.

Así surgen los símbolos nacionales en los emblemas del arte mexicano del siglo XIX que fueron principalmente elementos del mundo prehis-

pánico: los volcanes, el águila y la serpiente, la piedra del sol, Quetzalcóatl, figuras como Moctezuma o Cuauhtémoc, entre otros.⁷

El entonces secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, tenía en claro todos estos conceptos. Fue hombre de probado talento que tuvo la inteligencia y la visión de entender su tiempo. Antes había sido secretario de Educación Pública con el presidente Manuel Ávila Camacho, y en ese puesto llevó a cabo un importante proyecto de reestructuración de la educación en México. Sus campañas de alfabetización han tenido repercusiones hasta el día de hoy. Años más tarde, en 1948, fue designado director general de la recién creada Unesco. Su segunda invitación a desempeñarse como secretario de Educación Pública la recibió de Adolfo López Mateos. Torres Bodet estaba ya cansado, pero como dice Aurora Loyo,

⁷Mari Carmen Serra Puche, “Patrimonio arqueológico. Historia, identidad y nuevas definiciones”, *Encuentros 2050*, núm. 34 (2019): 8. Posteriormente, durante el siglo XX, en la presidencia de Lázaro Cárdenas, durante el año 1939, “se fundaron el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, esto consolidó la investigación arqueológica en el país, se limitó el estudio y ejercicio de esta disciplina a la institución oficial y desde entonces se legítima [el Estado] como el gestor del patrimonio arqueológico y su custodio”. *Ibid.*, 9, con lo que el patrimonio arqueológico del país se convirtió en dependiente de los recursos que el propio Estado mexicano le asignaba y de las líneas ideológicas que de él emanaban.

“entonces, más que ahora, era difícil negarse a una petición reiterada del presidente de la República. Torres Bodet, quien se había propuesto dedicarse por entero a su vocación literaria, aceptó regresar a la SEP y comenzaron así seis años de intensa labor educativa”.⁸

Torres Bodet y un grupo de audaces artistas fueron los artífices del proyecto museográfico. México necesitaba esos recintos, que son al mismo tiempo laboratorios sociales donde el público emprende un recorrido hacia sus orígenes. ¿Quiénes somos? ¿Qué hemos hecho? ¿Hacia dónde vamos? Este aspecto resulta fundamental, pues aunque la institución del museo como tal dependía de las directrices de los poderes del Estado, la realidad es que el patrimonio es también una “construcción social producto de la intensa dialéctica en la que intervienen distintos agentes sociales, políticos y culturales, de modo que esa estaticidad y fijeza en realidad son aparentes pues el patrimonio está sometido a un constante proceso de redefinición y cuestionamiento de su valor cultural”,⁹ que, por supuesto la inauguración del Museo Nacional de Antropología fomentó enormemente y puso de relieve el amplio diálogo que representa reflexionar sobre nuestra

⁸Loyo Brambila, “Entre la celebración del pasado”, 336.

⁹Serra Puche, “Patrimonio arqueológico”, 9.

condición como país, pensada a través del patrimonio cultural nacional.

Después de la ceremonia, López Mateos recorrió cinco kilómetros de inauguración de las nuevas instalaciones del Museo Nacional de Antropología. Al día siguiente, 18 de septiembre de 1964, abrió el museo Diego Rivera Anahuacalli; el 19, el Museo Nacional del Virreinato y el 20, el Museo de Arte Moderno.

Mientras se dirigía al bosque de Chapultepec, el presidente seguramente cerró su agenda de trabajo y a través del vidrio del auto habrá observado el movimiento bullicioso de la Alameda Central, donde varios trabajadores montaban un templete de madera para los músicos que reanudaban el programa *Serenatas*, proyecto de Bellas Artes. Había sido bien recibido por la comunidad, pues la gente escuchaba las interpretaciones de piezas mexicanas y españolas que alternaban en la plaza.¹⁰

En esos meses en que el fulgor museográfico se respiraba en Ciudad de México, se dictaron conferencias magistrales en el Colegio Nacional. Hubo una relación estratégica en materia cultural, en la que Alfonso Caso sorprendió con su disertación sobre

¹⁰Una nota en el periódico *El Nacional* da cuenta de la reapertura de las serenatas en la Alameda. “En la remozada alameda central de nuestra ciudad capital, se reanudaron las tradicionales serenatas y a partir de ayer se efectuarán de las 19.30 a las 21.30 horas, todos los jueves de cada semana”; “Se reanudaron anoche las serenatas en la Alameda”, *El Nacional*, 18 de septiembre de 1964, 4.

Los imperios mesoamericanos. Estaban por editarse las *Obras completas* de Benito Juárez, que López Mateos había ordenado como parte de los festejos de septiembre.

“Frente a los restos de aquellas culturas —dijo López Mateos en su discurso—, el México de hoy rinde homenaje al México indígena, en cuyo ejemplo reconoce características esenciales de su originalidad nacional.”¹¹

Y por supuesto que así debía de ser. Durante casi todo el siglo XX, principalmente durante la segunda mitad,

la tendencia integracionista se expresaba dentro del contexto de un discurso ambiguo y paradójico: respetar la cultura indígena y al mismo tiempo dar los pasos necesarios para su asimilación a los rasgos uniformes que exigía la modernización económica de la nación. Se trataba de integrarlos a la fuerza de trabajo en centros urbanos en acelerada expansión, tal como ocurriría más tarde con la incorporación de sus territorios y recursos naturales al sistema capitalista. Esto definió un estilo de desarrollo que asumía un sentido individual de incorporación y pertenencia a una nación, y un sentido colectivo a un proyecto histórico superior al ámbito doméstico y local de la vida comunitaria.¹²

¹¹“Inauguración del Museo Nacional de Antropología”, 1.

¹²Hernán Salas Quintanal, “Las paradojas de la articulación entre patrimonio y desarrollo”, *Encuentros 2050*, núm. 34 (2019): 17.

Aun así, o más bien a causa de ello, las palabras del presidente calaron hondo en la opinión pública. Todas las inauguraciones tuvieron importancia, pero la de aquella mañana en el bosque de Chapultepec, en el patio central del Museo Nacional de Antropología, fue la de más notoriedad, no solo por la majestuosidad del edificio, sino también por la importancia que representaba para la sociedad la puesta en valor de nuestra historia nacional. Dos días antes se había reunido en el salón de recepciones de Palacio Nacional con 46 delegados de 19 países, todos invitados al programa de inauguraciones. René Maheu, director general de la Unesco, había confirmado animosamente su asistencia para atestiguar la apertura del monumental espacio trazado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez.

No sería extraño imaginar que a López Mateos le vinieran a la mente en un segundo las imágenes de la génesis del museo, como un remolino que seguramente removió de la superficie las instantáneas sujetas en su memoria. ¿Se había quedado con la idea original el día en que el arquitecto le mostró avances de la construcción de su casa? López Mateos era secretario del Trabajo y Ramírez Vázquez le habría confesado que un gran sueño sería construir el Museo Nacional de Antropología. A la vuelta de los vaivenes políticos, cuando López

Mateos llegó a la presidencia, lo primero que le dijo al arquitecto fue: “Se nos va a hacer el museíto”.¹³ Significó toda esa inversión cultural una apuesta por el patrimonio nacional que le dio a México verdadera estatura universal. Bien comprendía López Mateos la importancia del pasado indígena. Ya en el gobierno cardenista y los que lo siguieron se sabía que

la introspección nacionalista ganó una buena cantidad de adeptos [durante la década de 1930], ya que significaba estar en concordancia con el momento cultural no solo de México sino del mundo entero.¹⁴ Ese nacionalismo cultural tenía en México, desde luego, sus tres grandes vertientes: la indigenista, la hispanista y la mestiza.¹⁵ La segunda estaba en un principio ligada al pensamiento conservador y a la Iglesia católica, pero con el arribo de los refugiados de la guerra civil española viviría una transformación y una re-significación sustantiva.¹⁶ La primera, en cambio,

¹³ Mónica del Villar, “La construcción del Museo Nacional de Antropología”, *Arqueología Mexicana*, núm. 24 (1997): 14.

¹⁴ Luis Esteban González Manrique, *De la conquista a la globalización. Estados, naciones y nacionalismos en América Latina* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2006), 209-227.

¹⁵ Ricardo Pérez Montfort, “Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920 a 1940”, en *Cultura e identidad nacional*, ed. por Roberto Blancarte (México: Conaculta / FCE, 1994), 343-383.

¹⁶ *De la posrevolución mexicana al exilio republicano español*, ed. por Mari Carmen Serra Pucho, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape (México: FCE, 2010).

era aquella que retomaba los valores indígenas y que se tenía, en parte, como herencia del exotismo porfiriano con cierto matiz reivindicador vivido durante los años veinte. Vinculado también al mundo de los mestizos pobres, el indigenismo adquirió gran fuerza en los medios oficiales del cardenismo e hizo que algunos extranjeros panegiristas identificaran al general Cárdenas como “el primer presidente de los indios”.¹⁷

Era claro que el secretario y el primer magistrado querían redefinir el concepto de *mexicanidad*.¹⁸ Y sabían cómo hacerlo. Quizás por eso valga la pena recordar las sabias palabras de Torres Bodet: “la raíz es la explicación del tronco, el tronco la de la rama, la rama de la flor. Cuanto más hondo el cimiento, más aérea y audaz la torre”.¹⁹

¹⁷ William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano* (México: Gandesa, 1954), 319. La cita completa pertenece a Ricardo Pérez Montfort, “La vida cultural durante el sexenio del general Cárdenas (1934-1940)”, en *Lázaro Cárdenas, habitante de la memoria*, ed. por Daniar Chávez y Salvador Rueda Smithers (México: Coordinación de Humanidades, UNAM, 2021), 216-217.

¹⁸ Utilizamos aquí, a grandes rasgos, el concepto de “mexicanidad” como esa política del Estado que buscó (y sigue buscando) encontrar “sentidos comunes” en una sociedad visiblemente diversa, con la intención de aplicar mejor las políticas públicas y administrativas y con la idea de un “consenso general”. Este concepto, además de negar la diversidad, fomenta ideas limitadas y visiblemente distorsionadas (y uniformes) de la sociedad, así como “folcloriza” a las culturas precolombinas.

¹⁹ “Brillante discurso. Torres Bodet explicó lo que el museo significa”, *El Nacional*, 18 de septiembre de 1964, 4.

Los mexicanos poseen estas raíces y esos troncos. El Museo Nacional de Antropología, pese al corte institucional y oficialista de su inauguración, fue una muestra inequívoca de ello.

Jaime Torres Bodet había organizado una cena en las mismas instalaciones del museo, una recepción para mil personas, según las crónicas periodísticas. El presidente se sentó en la mesa de honor con parte de su equipo, entre ellos, Torres Bodet. Estaban también José A. Mora, secretario general de la Organización de Estados Americanos; Manuel Tello, presidente de la Cámara de Senadores; Amalia Caballero de Castillo Ledón; José Gorostiza, secretario de Relaciones Exteriores; Lorenzo Guerrero, vicepresidente de Nicaragua; el presidente de la Cámara de diputados, Manuel Gurría Ordóñez, y René Mahun.

El presidente había dispuesto que solo tres personas pronunciaran los discursos: el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, autor del proyecto; el arquitecto Ignacio Marquina, presidente del Consejo de Planeación e instalación del museo, y Jaime Torres Bodet. Sería una ceremonia solemne y emotiva. Cuando el presidente descendió del automóvil, cerca de tres mil personas abarrotaban el patio debajo de la monumental sombrilla del museo.

Iniciaron los discursos. El de Torres Bodet fue extraordinario; tanto,

que *El Nacional* transcribió íntegras sus palabras:

Monumento de monumentos, el museo que abrimos hoy al fervor del público mexicano y a la curiosidad de los extranjeros, atestigua la magnitud de nuestro homenaje para las civilizaciones interrumpidas por la caída de Tenochtitlán y de las capitales de otros grandes señoríos. Toda el ansia de manifestar lo inefable del ser y del no ser, que las obras aquí reunidas expresan con patetismo, nos habla de un formidable naufragio histórico. Adivinamos, en los ecos de ese naufragio, la firmeza, el amor, la pena, la sabiduría, la vehemencia y la fe implacable de muchos pueblos que vivieron organizando los métodos de la paz y las técnicas de la guerra con la simbólica ordenación de un rito.²⁰

Al finalizar los discursos, de pie, vestido con elegancia, el presidente tomó sus notas e inauguró el museo: “Que la grandeza de ayer inspire siempre, en la independencia, nuestros esfuerzos para realizar dignamente la historia de la Patria”.²¹ Durante la ceremonia estuvo flanqueado por Ernesto P. Uruchurtu, jefe del Departamento Central; Lorenzo Guerrero; Alfonso Guzmán Neyra, presidente de la Suprema Corte; el presidente de la

²⁰ “Brillante discurso”, 1, 4.

²¹ “Inauguración del Museo Nacional de Antropología”, 1.

Cámara de Diputados, Manuel Gurría Ordoñez; el propio Jaime Torres Bodet; Luis Echeverría Álvarez, secretario de Gobernación, y el almirante Manuel Zermeño Araico, secretario de Marina.

En la mayoría de los medios informativos hubo un ambiente festivo. Se preparó una cobertura en televisión que se difundió en países como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y la Unión Soviética, ente otros. Sin duda, fue la noticia más importante de la prensa nacional.

El Nacional, periódico al servicio del Estado, cabeceó sus ocho columnas el 18 de septiembre: “Inauguración del Museo Nacional de Antropología”,²² con su correspondiente fotografía del recorrido del presidente por los pasillos del recinto. *El Universal* le dio también la primera plana: “Que inspire siempre nuestros esfuerzos la grandeza de ayer”.²³ Acompañaba al texto la foto de López Mateos frente a la maqueta del Valle de México en la época de las culturas prehispánicas. *Excélsior* cabeceó: “Quedó inaugurado ayer el monumental Museo de Antropología”,²⁴ también, como los otros medios, con una amplia fotografía al centro. *Novedades* colocó en su

²² *Ibid.*

²³ “Que inspire siempre nuestros esfuerzos la grandeza de ayer”, *El Universal*, 18 de septiembre de 1964, 1.

²⁴ “Quedó inaugurado ayer el monumental Museo de Antropología”, *Excélsior*, 18 de septiembre de 1964, 1.

primera plana: “El México de hoy rinde homenaje al México indígena: López Mateos”.²⁵ La revista *Hoy* tituló: “Grandeza del pasado en el nuevo museo de antropología”.²⁶ La revista *Mañana* cabeceó: “En el nuevo Museo de Antropología el mundo indígena resplandece”.²⁷ La revista *Siempre!* apuntó: “A. L. M. abrió el nuevo museo”.²⁸

Y se puede entender el entusiasmo de la prensa. La apertura del Museo Nacional de Antropología fue uno de los sucesos más emotivos e importantes de la cultura en el México de la época, pero también abonó al diálogo posterior sobre el indigenismo y el papel que el Estado mexicano cumplió en el denominado “indigenismo institucionalizado” entre las décadas de 1940 y 1980, que tuvo un carácter profundamente asistencialista, paternalista y corporativista de graves consecuencias.

Se pueden distinguir tres grandes periodos del indigenismo en México: el periodo que podemos llamar el “preinstitucional” que va desde el

²⁵ “El México de hoy rinde homenaje al México indígena: López Mateos”, *Novedades*, 18 de septiembre de 1964, 1.

²⁶ “Grandeza del pasado en el nuevo museo de antropología”, *Hoy*, 3 de octubre de 1964, 28.

²⁷ “En el nuevo Museo de Antropología el mundo indígena resplandece”, *Mañana*, 26 de septiembre de 1964, 14.

²⁸ “A.L.M. abrió el nuevo museo”, *Siempre!*, 30 de septiembre de 1964, 76.

descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo y la construcción de la Nueva España hasta la Revolución Mexicana, el indigenismo institucionalizado que empieza en el periodo posrevolucionario, para adquirir fuerza con el congreso de Pátzcuaro en 1940 y cuerpo con la creación del Instituto Indigenista Interamericano a nivel continental y del Instituto Nacional Indigenista en México (1948) a nivel nacional y, finalmente, el periodo de la crisis del indigenismo institucionalizado que empieza en 1982, con la adopción formal y real del neoliberalismo como política oficial del Estado mexicano, llegando hasta hoy a lo que hemos llamado el neoindigenismo.²⁹

Naturalmente, la prensa hizo caso omiso de esta compleja realidad, pero la imagen del Museo Nacional de Antropología sirvió de trampolín para iniciar este importante debate en la academia y la sociedad mexicana. Por lo que corresponde a las opiniones emitidas por la mayoría de los medios de comunicación, fueron siempre en tono elogioso y de admiración. Y no era para menos, la prensa recibió con beneplácito la noticia de la apertura de los museos que formarían parte del patrimonio nacional y lo festejó de la misma forma, con emotividad. Los espacios diseñados en el museo para

²⁹ Leif Korsbaek y Miguel Ángel Sámano-Rentería, “El indigenismo en México: antecedentes y actualidad”, *Ra Ximhai* 3, núm. 1 (2007): 196.

preservar la riqueza del pueblo mexicano representaron todo un acontecimiento que enalteció el orgullo de nuestra mexicanidad. La sociedad tuvo así en un solo sitio las representaciones de un pasado exhibidas en el presente y proyectadas al futuro, y se convirtió en un importantísimo espacio de diálogo sobre nuestra cultura y nuestras realidades pasadas y actuales.

Salvador Novo opinó en su tribuna que se trataba de un milagro. Aludió a la velocidad con que construyeron el recinto, bajo la dirección del arquitecto Ramírez Vázquez, pues tan solo les llevó 19 meses de ardua labor. En cartas a un lector, el escritor apuntó:

Querido amigo: dentro de pocos días, porque los milagros ocurren siempre en México, se inaugurará el museo más grandioso, importante y bello que pueda soñarse: el que señalará con índice de oro el gobierno del Presidente que dispuso la erección para dignamente alojar en él los tesoros prehispanicos hasta ahora sobriamente instalados en el viejo museo que tenía un siglo de funcionar en la calle de la Moneda.³⁰

En diversos editoriales se subrayó la importancia para el país de las inauguraciones preparadas para la se-

³⁰ Salvador Novo, “Carta a un amigo”, *Hoy*, 5 de septiembre de 1964, 28.

mana de septiembre en que se celebró el aniversario de la Independencia. Resaltaron el pasado glorioso de nuestro país y la pertinencia de invertir en esos espacios. Una y otra vez consideraron el tema de la identidad, de la necesidad de búsqueda del pasado, de “donde procede el espíritu nacional y donde están las raíces de nuestros valores entrañables”.³¹

Igualmente, se ensalzó el liderazgo de López Mateos y de Jaime Torres Bodet. Los dos se llevaron dedicatorias en las tribunas periodísticas. “*Mañana* aplaude a López Mateos presidente de México, porque su visión certera de gobernante inteligente y culto —como se refirió a él, el doctor Ignacio Bernal—, ha hecho posible que nuestro país, acorde con el constante crecimiento de su nivel educativo, lleve el conocimiento de su cultura, por medio de la restauración, preservación y construcción de sus museos, no solo al pueblo mexicano sino también a todo extranjero que nos visite”.³²

Varios intelectuales aprovecharon también la coyuntura final del sexenio para externar el respaldo a las filas de López Mateos. Se convirtió el festejo en un pretexto para destacar la *mexicanidad*,³³ recurriendo a la histó-

³¹ “El contenido histórico de México”, 4.

³² “*Mañana* aplaude a López Mateos”, *Mañana*, 26 de septiembre de 1964, 26.

³³ Véase: nota 19.

rica formulación de la raíz nacional. También fue motivo para cultivar la imagen del presidente. Agustín Yáñez señaló:

El desenvolvimiento de la personalidad y los éxitos nacionales e internacionales del licenciado Adolfo López Mateos durante los años de su ejercicio presidencial, han llevado a la opinión pública, dentro y fuera de México, en progresiva sorpresa. Lo más fácil para el vulgo es decir que se trata de hombre con estrella.

Lo es; pero no en sentido de casualidad venturosa. Quienes conocen de antes el temperamento de López Mateos y el proceso de su formación, saben que le son ajenos el azar y la precipitación; todo en él ha sido esfuerzo, medida y constancia; su carrera no es obra de caprichosa fortuna, sino de alerta diligencia que ha hecho comparecer a la suerte, llegada como servidora, no como hada fortuita.

La estrella de López Mateos es su esencial humanismo, labrado sobre ricas herencias familiares en largos años de aprendizaje, que lo condujeron a ver en el hombre la medida de todas las cosas, a no serle ajeno cuanto sea humano y de la historia en función de la humanidad.³⁴

En esa misma línea escribió Novo, en su espacio en *Novedades*, el elogio al presidente por los museos recién

³⁴ Agustín Yáñez, "El humanismo de López Mateos", *Siempre!*, 9 de septiembre de 1964, I.

inaugurados: "Mucho, en verdad, le debe la cultura de México a un presidente culto: a un presidente que en su último informe devolvió el merecido aplauso que recibía, al pueblo, del que dijo que había sido el verdadero realizador de la obra por él simplemente dirigida: cortesía que hace honor a su modestia, pero que nadie podrá creer al pie de la letra".³⁵

Durante esta época, el Estado, acostumbrado a las prácticas de gobiernos anteriores, mantuvo férreamente el control de la prensa nacional. Ya desde finales del régimen de Ávila Camacho se cooptó a los medios de comunicación. Con Miguel Alemán se llegó al servilismo, la alabanza y la corrupción. López Mateos también apostó por manejar los medios de comunicación. Hubo en el camino algunos impresos de oposición e incluso de franco enfrentamiento, como la revista *Política*, que servía como contrapeso a la prensa oficial, pero que no acarrea mayores consecuencias para el Estado y su resonancia era menor. A propósito de la época, y como acotación necesaria, vale recordar las palabras expresadas por Julio Scherer en *Los presidentes*: "Solo a partir de la corrupción podía entenderse el periodismo acríptico acostumbrado en México".³⁶

³⁵ Salvador Novo, "Raíz de México", *Novedades*, 14 de septiembre de 1964, 4.

³⁶ Si bien utilizamos para fundamentar este argumento el libro de Julio Scherer García, *Los presidentes* (México: Grijalbo, 1986), hay diversas

Aun así, *El Universal* consideró que la apertura de los museos podría llevar a la superación cultural de la nación. Queda claro que este rescate removió viejas disertaciones sobre la identidad de lo mexicano, como confirmó José Muñoz Cota: “Desde Samuel Ramos estamos tratando —ya la suma bibliográfica al respecto es muy respetable— de fijar los caracteres del mexicano”.³⁷

En efecto, la apertura del museo impulsó un debate extraordinario en términos antropológicos sobre la mexicanidad y sobre nuestro patrimonio arqueológico. Hernán Salas escribió:

La importancia del patrimonio cultural no puede responder únicamente a definir quiénes somos dentro de un territorio habitado por múltiples diversidades que hemos enmarcado forzosamente en la idea de un país, desplazando hacia el Estado la responsabilidad de definir, catalogar, registrar, ordenar y valorar los bienes

opiniones sobre la relación de la prensa con el Estado. Véase: Ana María Serna, “*Se solicitan reporteros*”. *Historia oral del periodismo mexicano en la segunda mitad del siglo XX* (México: Instituto Mora, 2015); Humberto Musacchio, *Historia crítica del periodismo mexicano* (México: Kiosko, 2016). Se encuentra un estudio más amplio en la tesis doctoral de Antonio Sierra García, *El fotoperiodismo en la revista Mañana (1943-1946) a través de la lente de Enrique Díaz: una radiografía del poder* (México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2019).

³⁷ José Muñoz Cota, “El mirador de la Revolución. Pasión de la cultura mexicana”, *El Nacional*, 23 de septiembre de 1964, 3.

culturales generados por una diversidad de pueblos para convertirlos en expresiones con un sentido unívoco. Esta es una tarea inútil, el desarrollo cultural sostenible busca ampliar los conocimientos de la gente y sus grupos, descubrir la importante diversidad del mundo sin perder la identidad, pertenecer a alguna comunidad y, como consecuencia, cuidar el patrimonio material e inmaterial.³⁸

También fue muy importante el debate que se generó sobre la importancia de la riqueza heredada de los pueblos originarios que, si bien ya llevaba varias décadas como tema central en la discusión sobre la cultura nacional, cobró una importancia mayúscula en esas fechas. La prensa nacional, naturalmente, también aprovechó la oportunidad para expresar la grandeza del mundo precolombino. En el ámbito arquitectónico, la estética del museo se ganó varias opiniones favorables, pues se resaltó el valor arquitectónico que colocaba a México a la altura de otros países en lo que toca al tema museográfico. “Este museo —de acuerdo con Rafael Solana— puede ser comparado con los mejores y más famosos del mundo, sin desventaja, y habrá de atraer a México, con el tiempo, millones de visitantes”.³⁹

³⁸ Salas, “Las paradojas de la articulación”, 17.

³⁹ Rafael Solana, “Semana mayor”, *El Universal*, 21 de septiembre de 1964, 3.

La revista *Hoy* incluyó un fotorreportaje con trece imágenes del Museo Nacional de Antropología. Destacó la fotografía del momento en que el presidente dirige sus palabras a la nación. Esta imagen fue similar a la de otros periódicos. Los editores jugaron con imágenes en blanco y negro y a color. Las gráficas del interior del recinto las dejaron en blanco y negro. Las del exterior las publicaron a color. Este juego quizá consistió en diferenciar las épocas. Las fotografías fueron una invitación para observar el pasado atesorado en el museo. El pretérito frente al mundo moderno, o el mundo contemporáneo frente a su pasado.

Fuera del museo, las imágenes documentaron el despliegue de soldados del Estado Mayor Presidencial que formaron una valla alrededor de las escaleras. Al subir las escaleras que conducen al museo, el espectador se encontraba con la amplia fuente y a un costado ondeaba la bandera nacional. Otra imagen invitaba al lector a recorrer con la mirada el juego de pelota. “Reproducción del templo de las pinturas en Bonampak, en los espacios jardinados con que cuenta este alarde de museografía.”⁴⁰ Destacó también la figura Chalchiuhtlicue, diosa del agua de esa gran cultura de Bonampak. A color publicaron la cabeza monumental de serpiente. No faltó la repre-

sentación gráfica de la Coatlicue, en tamaño destacado, el calendario azteca y Mictecacihuatl, diosa de los muertos, en la cultura mexicana. Colocaron también imágenes que presentaban la soberbia del mundo prehispánico. El Chac-Mol, por ejemplo.

Los fotógrafos de todos los medios documentaron los interiores y exteriores del museo. Mostraron los diferentes tesoros precolombinos destacando la identidad de nuestra cultura. Las imágenes sirvieron de refuerzo al texto. Sus retratos evocaron un mundo pretérito y fueron complementos de los discursos periodísticos. Lo mismo sucedió con las caricaturas, elogiosas del presidente de la república, y al mismo tiempo dejaban entrever que se trataba de un proyecto de divulgación y reflexión sobre la importancia de nuestro patrimonio nacional.

Quizá esta sea una de las causas de que la inauguración de este museo tuviera tanta importancia y representara un gigantesco avance en el estudio del patrimonio mexicano, porque:

cada sociedad y más específicamente, cada comunidad participa en la definición del patrimonio y los términos de su utilización, protección, mantenimiento, su vinculación con las fuerzas que dan vida a una sociedad, a un grupo, a una colectividad. En este largo proceso emerge una paradoja. Por un lado, se persigue

⁴⁰“Grandeza del pasado en el nuevo museo de antropología”, *Hoy*, 3 de octubre de 1964, 28-37.

una integración y asimilación de los actuales grupos indígenas y, por otro, para erigir el mito fundacional de la nación, se glorifica la vida cultural indígena únicamente como el pasado étnico de la nación. Desde luego que el patrimonio cultural es uno de los pilares de una identidad nacional mestiza, como modelo cultural y lingüístico de integración de la población originaria; y al mismo tiempo como prototipo de la sociedad multiétnica y multicultural, a través de políticas que invocan un pasado étnico que se remonta a la época prehispánica (patrimonio arqueológico) y/o colonial (patrimonio histórico). Desde el siglo XIX, la cultura alcanzó una formulación más acabada del patrimonio cultural, entendido a la vez como un proceso intelectual e institucional y por tanto excluyente. Esta paradoja se ha resuelto situando la figura de los indígenas, sus costumbres, epopeyas y hazañas en acontecimientos lejanos, debilitando la imagen social de los indios contemporáneos, estigmatizados por su condición.⁴¹

Y esa es otra lección que nos permite asimilar el Museo Nacional de Antropología: la oportunidad de empezar a reflexionar sobre el rumbo y las significaciones que en el siglo XXI adquieren conceptos como el de patrimonio cultural.

⁴¹ Salas, “Las paradojas de la articulación”, 16.

Si bien Ignacio Díaz, entre muchos otros, sitúa la evolución e instauración de los museos en el siglo XVII (aunque hay algunos antecedentes), fue durante el siglo XVIII cuando comenzó la socialización de las colecciones reales, que en algunos casos pasaron a ser parte del dominio público. Su apogeo llegó en el siglo XIX, cuando la “Revolución francesa sanciona el nuevo modo de entender las cosas, abre la pequeña y la gran galería de Louvre y desencadena un efecto dominó en otras colecciones reales”,⁴² con lo que dio inicio a la creación de importantes museos nacionales en casi toda Europa y Estados Unidos, que influyeron en los modelos de conservación de países recién independizados de las potencias europeas, como México, que buscaban apuntalar su patrimonio cultural y sus raíces históricas.

A partir de ese [...] florecimiento, los esfuerzos conservacionistas son, sin duda, los más sostenidos. Su objetivo último, huelga decirlo, consiste en conservar en las mejores condiciones y durante el mayor tiempo posible los objetos depositados en el museo: este será el garante de la preservación de piezas patrimoniales emblemáticas, de su rescate en caso de peligro o degradación, de su cuidado y tutela, de su restauración

⁴² Ignacio Díaz Balerdi, *La memoria fragmentada. El museo y sus paradojas* (Gijón: Trea, 2008), 21.

NOTAS

cuando esta sea necesaria y de su transmisión en el mejor estado posible a las generaciones futuras.⁴³

Pero en el siglo XXI esa función conservacionista heredada de los siglos XIX y XX ha reclamado, como menciona Ignacio Díaz, una resignificación epistemológica. El museo dejó de ser ya desde hace tiempo un lugar donde la sociedad, el turista, los visitantes llegan a contemplar pasivamente obras expuestas y descontextualizadas de las realidades para las que fueron creadas (ya fueran objetos arqueológicos, artísticos, religiosos, etc.), “para convertirse en ágora, en un espacio abierto al diálogo, a la crítica y a la confrontación, donde dar razón de [la] existencia en un mundo plural y globalizado”.⁴⁴

Dice Hernán Salas que para pensar el desarrollo de un país, principalmente de un país como México, es importante no perder de vista que “la sobreexplotación de la diversidad y la mercantilización de los bienes y productos culturales corre el riesgo de

invisibilizar la desigualdad, la explotación humana, la fractura del tejido social”,⁴⁵ lo que quizá haya sido la herencia más grande que dejó la fundación del Museo Nacional de Antropología y su más de medio siglo de actividades culturales y académicas: enseñarnos a dialogar sobre nuestra realidad de forma horizontal y multidimensional, dejando atrás la folclorización del mundo indígena. Es necesario, cada vez con mayor rigor, tratar de comprenderlo desde su propia identidad; entender las distintas cosmovisiones del mundo indígena en nuestra sociedad mestiza (que apela emocionada a un pasado indígena casi con la misma intensidad con el que lo desprecia).

La inauguración del museo fue un espectáculo escenificado con pompa y majestad por el gobierno en turno. Con el tiempo, su presencia se ha convertido en símbolo y recuerdo de ese pasado (que también es presente) con el que, con más frecuencia de lo que podemos aceptar, todavía es preciso dialogar.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ Francisca Hernández Hernández, *El museo como espacio de comunicación* (Gijón: Trea, 2011), 21.

⁴⁵ Salas, “Las paradojas de la articulación”, 21.